

“Cuando los fundamentos son destruidos, ¿qué le queda al justo?”

Sal. 11, Lc. 11:14-28, Is. 58:6-8

David C. Dixon

Introducción: Parece que en nuestro mundo las tragedias se suceden una tras otra estos días –¿no tienes esta impresión? Lo que estamos viendo en la escena mundial, justo en nuestro "patio de atrás" es aleccionador: El terremoto de Marruecos, con miles de víctimas, algunos pueblos de montaña casi totalmente arrasados... –¿qué podría consolar a esta gente en medio de sus terribles pérdidas? Luego está la situación dramática de El Hierro; las estadísticas dicen que unos 11.000 refugiados han llegado a Canarias en embarcaciones entre enero y agosto, la mayoría huyendo de la situación en Senegal, además de algunos malienses y gambianos (¡y hay miles más esperando para zarpar!). La crisis de los refugiados sigue en aumento (en todo el Mediterráneo). Es solo una parte de los actuales movimientos de gente, con miles de personas del sur dirigiéndose hacia el norte, huyendo de África y del Oriente Próximo hacia Europa. La misma desesperación motiva a los migrantes que arriesgan su vida a través de las selvas del Tapón del Darién (entre Colombia y Panamá), especialmente desde Venezuela y Haití, ambos ejemplos de sociedades que se están derrumbando bajo el peso del pecado. Ahí ejerce su oficio una gran parte del crimen organizado: los peligros del tráfico de personas, el robo y la violación están tan presentes como los animales salvajes de la selva, las rápidas corrientes de los ríos, o los escarpados barrancos y montañas. Y si sobreviven a la travesía hasta el norte de México, les esperan más barreras; ¡sin embargo, 10.000 personas al día cruzan la frontera sur de los Estados Unidos! Es el flujo inquieto de la humanidad, que persigue con urgencia sueños escurridizos. Y una de las manifestaciones más trágicas de esta búsqueda humana ha sido el conflicto en curso en el Oriente Próximo, del que todos hemos tenido que ser testigos en estos últimos ocho días. El kibutz de Kfar Aza, una comunidad agrícola israelí de unas 750 personas, muchas de ellas familias con niños pequeños, ha quedado reducido a escombros –solo uno de los escenarios de la masacre. Como escribió el editor de *Christianity Today*: *"Israelíes y palestinos son igualmente amados por Dios. Pero no hay ambigüedad moral sobre la maldad genocida de Hamás"* (Russell Moore). Ahora, por supuesto, tenemos que ser testigos de las devastadoras represalias por parte de Israel mientras intenta asegurarse de que esto no pueda volver a ocurrir, y de este modo se destruyen aún más vidas inocentes. ¿Dónde acabará todo esto?

Mientras tanto, la Tierra va camino de cruzar pronto múltiples puntos de inflexión peligrosos que serán desastrosos para el medio ambiente y para las personas de todo el mundo. El Instituto de Potsdam para la Investigación sobre el Impacto Climático señala como puntos de inflexión críticos el colapso de la capa de hielo de Groenlandia y de algunas secciones de las capas de hielo de la Antártida, la interrupción de las corrientes del Golfo y el aumento de la temperatura de los océanos en general, así como la desestabilización de la selva amazónica; estos puntos de inflexión críticos ocurren cuando se supera un umbral de temperatura que conduce a un cambio imparabable en un

sistema climático. Y ya estamos en ello, acercándonos cada vez más al precipicio de estos puntos de inflexión, que conducirán a una inestabilidad todavía mayor.

La primavera pasada, cuando Susie y yo visitamos a nuestros nietos en Holanda, las llevamos a Westerbork; entre 1942 y 1945, fue un campo de tránsito situado en los Países Bajos ocupados por Alemania, un punto de acogida temporal de judíos en los Países Bajos antes de su deportación por los nazis a centros de exterminio y campos de concentración en el este. Más de 100.000 judíos pasaron un tiempo en el campo de tránsito de Westerbork antes de su deportación; solo 5.000 sobrevivieron. Los Países Bajos, Alemania y Polonia están salpicados de lugares tan sombríos como Auschwitz, Dachau y Sobibor, recordatorios de las múltiples tragedias humanas de nuestro pasado colectivo. La historia del mundo es en realidad una historia de horror de dimensiones sobrecogedoras cuando se contempla en términos de la inhumanidad del ser humano hacia su prójimo. Los ejemplos son demasiados para enumerarlos: como el Castillo de Esclavos de Ghana (con su "Puerta sin Retorno", a través de la cual millones de africanos fueron obligados a subir a barcos de esclavos con destino al Nuevo Mundo); los Campos de la Muerte de Ruanda (en 1994, más de 800.000 ruandeses del grupo étnico tutsi fueron brutalmente masacrados por conciudadanos); los Campos de la Muerte de Camboya (más de 1.300.000 personas asesinadas por el régimen de los Jemeres Rojos, a finales de la década de 1970); la persecución y la guerra, desde Somalia a Sudán, Yemen y Libia. ¿Quién enseñó a esta gente a glorificar la guerra? ¿Quién les dio las armas?! Los efectos de la guerra perduran generación tras generación ("los pecados de los padres recaen sobre los hijos" durante generaciones). Pregunta a cualquier ucraniano. El número de soldados muertos o mutilados va en aumento (¡por ambos lados!) y el trauma que tienen que asimilar seguirá repercutiendo! Las víctimas del terrorismo también siguen multiplicándose en el Sahel: de Nigeria a Kenia –¿cómo ayudamos a los supervivientes? Las 12 principales naciones terroristas del año pasado recibieron su clasificación según el número de incidentes, víctimas mortales, heridos y daños. ***“Cuando los fundamentos son destruidos, ¿qué le queda al justo?”***

Además de todo esto, la guerra en Ucrania y el aumento de los fenómenos meteorológicos extremos están tensando unas cadenas de suministro de alimentos ya de por sí frágiles (especialmente tras los cierres por el COVID). Mientras la guerra de Ucrania seguía suprimiendo la producción de alimentos, las sequías en Europa y África en 2022, así como las inundaciones en países como Pakistán, han contribuido a elevar los precios de los alimentos y a provocar escasez en todo el mundo. Todo ello, combinado con el aumento de los costes de los fertilizantes y de la mano de obra, ha creado presiones inflacionistas, y la actual volatilidad de los precios de los alimentos pone de manifiesto lo frágil que es nuestro sistema alimentario mundial: el aumento de la inseguridad alimentaria, el malestar social, los desplazamientos y migraciones son efectos evidentes. Mientras tanto, 10.000 niños mueren a diario por desnutrición crónica. El 99% de las personas desnutridas viven en países subdesarrollados, y aproximadamente el 10% de la población mundial padece hambre. Asia es el continente con más población hambrienta, pero en el África subsahariana el 25% de la población padece hambre. Los expertos no se ponen de acuerdo sobre cómo acabar con el hambre en el mundo. Jesús dijo que siempre habría pobres entre nosotros –nos conocía bien.

1) ¿Cómo respondemos a todas estas abrumadoras necesidades? Todas las grandes empresas tecnológicas compiten por nuestra atención, que se ha convertido en una de las materias primas más codiciadas en la llamada economía de la atención. Para Netflix, Facebook, Amazon o Apple, se trata de conseguir que pasemos nuestro limitado tiempo en sus plataformas. Lo mismo ocurre con las ONG y otras organizaciones sin ánimo de lucro que intentan ayudar a mitigar el dolor y la miseria –sus departamentos de relaciones públicas se esfuerzan al máximo ideando distintas estratagemas para que les prestemos atención y así invirtamos nuestras donaciones en su organización, para que puedan ser más eficaces.

¿Cómo podemos sobrellevar la carga de las tragedias ajenas, cómo empatizar sin sentirnos abrumados, cómo perseverar en el cuidado de la gente cansada y herida (incluso cuando tus propias

heridas pueden estar supurando)? ¿Qué hacemos cuando el intento de empatizar y ayudar a los demás a llevar sus cargas nos desgasta? ¿Qué respuesta tenemos cuando el enemigo nos confronta con la afirmación de que los fundamentos están siendo destruidos –y la situación mundial parece confirmarlo– y la conclusión lógica parece ser que no hay nada que hacer salvo encogernos de hombros y caer en el mero "modo de supervivencia"? ¿Cómo responde un cristiano ante un mundo que parece decidido a destruirnos a todos? ¿Cómo mantener la cordura en medio de tanto caos a nuestro alrededor? La fatiga por compasión es un término que describe el impacto físico, emocional y psicológico de ayudar a los demás (a menudo a través de experiencias de estrés o trauma), sin el descanso o apoyo adecuados. Los numerosos focos de violencia, terrorismo, guerra, hambruna y otras tragedias humanas de nuestro mundo pueden llevarnos rápidamente al borde del colapso por compasión. Una destacada psicóloga nos dice que las víctimas de traumas serán la nueva frontera misionera del siglo XXI (Diane Langberg).

¿Cómo podemos mantener la cordura en medio de todo el caos de nuestro mundo? Tiene que haber un punto de referencia mucho más grande que nosotros. En el salmo 11, la respuesta a la pregunta de qué puede hacer el justo parece ser que no hay nada que hacer; la causa no tiene remedio; más vale que nos rindamos y nos centremos en nosotros mismos. Pero la respuesta del salmista consiste en afirmar la verdad de la soberanía de Dios: Él está en Su trono, en Su santo templo; por desastroso que sea el panorama, Él ve, pone a prueba a los hijos de Adán, examina a los justos, pero desprecia a los malvados y su violencia; al final no triunfarán.

2) Jesús lo explica con más detalle en Lucas 11, con referencias al príncipe de este mundo y a su destrucción final por Uno que es más fuerte. De hecho, esta es probablemente la metáfora favorita de Jesús para su misión y la clave para interpretar todo su ministerio; es lo que mejor capta la esencia de su propósito terrenal.

Está claro que el "hombre fuerte" de esta parábola representa al enemigo que ha usurpado la autoridad en el mundo y guarda celosamente sus posesiones robadas. Esto explicaría por qué las cosas han seguido cayendo en espiral en la historia de la humanidad; solo el Evangelio resiste esa tendencia. Lógicamente, solo alguien más fuerte podrá entrar en sus dominios, dominarlo y arrebatarse sus tesoros. Así que la prueba de que Jesús es más fuerte se encuentra precisamente en los exorcismos que ha estado realizando, liberando a la gente de su esclavitud espiritual, lo que equivale a un asalto directo al dominio de Satanás. Entonces el v. 22 describe la estrategia que Jesús utiliza contra el enemigo: el mundo es como el palacio de Satanás, donde se ha instalado como si fuera el dueño; pero, por medio de la encarnación, Jesús ha entrado en su dominio y ha empezado a atarlo, demostrando que Satanás es un usurpador sin derechos ni autoridad reales aquí. Y Jesús le quita su armadura (las mentiras, el engaño, la corrupción), y saquea su casa de todas las almas y reinos terrenales de los que el maligno se había apropiado indebidamente como si fueran suyos.

El Antiguo Testamento ya había anticipado un tiempo en el que Dios mismo arrebatara el botín al poderoso y los cautivos al tirano (Is. 49:24-26). Jesús extrae claramente su metáfora de Isaías, y se ve a sí mismo en ese papel de Poderoso de Jacob, cumpliendo esta promesa, rescatando a la gente del tirano más cruel y del cautiverio más opresivo. Él contendrá con los que luchan contra ti y Él salvará a tus hijos. Él fue el portador definitivo del Espíritu Santo, y vino específicamente para ser nuestro Salvador, Campeón y Liberador, porque Él era el Único que podía vencer y derrotar al príncipe de este mundo. Y con Sus exorcismos demostraba Su soberanía sobre el malvado y llevaba a cabo la primera destrucción de sus obras (1 Jn. 3:8). Pero todo esto no lo hizo con las armas de este mundo (fuerza/ violencia/ impresionar con el poder de este mundo), sino con las armas de la verdad: obediencia/ sumisión a Dios, humildad/ amor. Y por eso la vida de Jesús estuvo tan llena de autoridad divina para aplastar a Satanás y liberar a sus prisioneros –¡incluso mientras agonizaba en la cruz!

3) ¿Cómo mantener el equilibrio en un mundo tan desequilibrado? ¿Cómo seguir sirviendo cuando otros se derrumban a causa de la fatiga por compasión? Manteniendo los ojos en la cruz: Dios se "rebajó a nuestro nivel", así que la humanidad optó por golpearle en la cara –repetidamente (¡reflejando precisamente lo que había en nuestros corazones!), pero Jesús se limitó a poner la otra mejilla. En la cruz, las cosas fueron a peor, pero Jesús siguió poniendo la otra mejilla... ante el peor crimen de toda la historia, el peor enemigo, la mayor tragedia. Donde nadie más vio lo que en realidad estaba sucediendo, excepto Su Padre. Jesús estaba realmente poniendo en evidencia al padre de la mentira, exponiéndolo como el fraude que es, triunfando sobre el "hombre fuerte", mientras Él, el Siervo Sufriente, colgaba allí de ese árbol maldito, *negándose* a darnos por perdidos, *negándose* a abandonarnos como rehenes dentro de la fortaleza enemiga. *Vencía* al enemigo que ama bailar sobre nuestras almas y pisotearnos en el polvo de la muerte; *vencía* al hombre fuerte perdonándonos, haciendo borrón y cuenta nueva de todo lo que estaba escrito contra nosotros, declarándonos absueltos de aquellas horribles transgresiones que el embustero nos había ayudado a cometer, y despojando así al adversario de toda la munición con la que acusarnos.

Así, mientras Él colgaba allí entre el cielo y la tierra, expuesto ante nosotros –el Dios desnudo en toda Su gloria– incluso cuando nosotros estábamos expuestos ante Él –en toda nuestra miseria– Él estaba gobernando en ese trono terrenal, escribiendo el nuevo pacto con la tinta de Su propia sangre, inaugurando toda una nueva forma de vida en carne humana –en concreto, ¡la plenitud del Espíritu en medio del más feroz bombardeo enemigo! (Ese enemigo ya no tendrá el derecho de danzar sobre tu alma y pisotearte hasta el polvo –solo hace falta que confieses el nombre de Jesús– "¡Él es el Señor!") Porque Jesús estaba *encarnando* el Reino de Dios (el verdadero reino viviente), injertándolo en el tejido de la historia humana al *vivirlo* con todas sus poderosas consecuencias bajo las peores circunstancias posibles –con un perfecto e inquebrantable amor por Dios, un perfecto e inquebrantable amor por sus semejantes, incluso cuando dieron lo mejor de sí para hacerle lo peor: ¡una deshumanización total, una degradación absoluta de la gloria de Dios! "***Considerad a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores***"... ¡para que no os canséis ni os desaniméis en medio de estas luchas! (Heb. 12:3).